

EL CANCIONERO DE ANTONIO PEREIRA

J. P. VERA CAMACHO

ANTONIO Pereira, escritor, poeta, andariego. Cuenta que tuvo deseos de ser conductor del coche de línea de su pueblo. No lo fue, pero se lanzó a correr caminos y a reflejarlo en sus libros.

En «Cancionero de Sagres», Pereira se va a la «raya» portuguesa, la cruza, se enzarza en diálogo con los vecinos y crea un poemario maravilloso. En «Un sitio para Soledad», novela, salta del Bierzo a la meseta castellana, a Barcelona y a Francia. «País de los Losadas» enmarca el Caurel Galaico en épocas difíciles. Quiere la casualidad que todos estos caminos los recorri yo también, sólo que Pereira lo cuenta en libros y yo en crónicas periodísticas.

Ahora, en «Los brazos de la i griega» -170 páginas, Ediciones Noegas, Gijón-, recién oliendo el libro a tinta fresca, Pereira nos lleva a Tánger y Marrakech, a Túnez, a Bengasi, al Tíbet y a la dulce Italia. Se inventa un personaje femenino para por ser ella francesa, recordar el Café de la Paix de París y la ciudad industrial de Lille. Y la Roma de Vía di Corso, Plaza de Venecia y Vía Véneto, por donde yo anduve también.

Pereira es sin duda uno de los mejores escritores que tenemos hoy en España. Tiene un vocabulario preciso, una temática coherente, una intuición mágica para a la vez ser ameno, ser didáctico, como lo fue Julio Verne. Enseña deleitando, y siempre es la Geografía, el «hábitat», con los personajes que contiene, meollo de sus novelas y poemas. Y estruja en sus libros todas las sensaciones habidas en el hombre: erotismo, dolor, prisas, egoísmos y sacrificios. Aparte de la finura en la expresión, Pereira es un maestro del detalle, minimizando las cosas, sin olvidar que en esa manera de escribir retrata pequeñeces que componen la grandiosidad del entorno novelístico. Más hay de realidad que de ficción en sus relatos. Palpa la vida. Es un novelista documental y universal. Capaz de escribir una novela en diez líneas: «Una novela brasileña», y además en portugués legítimo.

A veces fija las ideas, otras veces las insinúa, para no ser descortés con el lector. Pero acierta siempre y el que lee, se entera. Ironía y ternura afloran en cada página. Y el tren siempre -«El mixto» es uno de sus hermosos poemas-; y el coche, y la carretera, y el horizonte del que no se harta de ver para contar.

Los últimos -por ahora-, relatos de Antonio Pereira, son trece, porque él no es supersticioso ni le importan un bledo esas cosas. Bajo el título del último de ellos, ha lanzado el libro a la voracidad de los lectores desde las tierras de Asturias, que él y su obra andan por los rumbos todos de la rosa de los vientos: Barcelona, Madrid, Gijón ahora. El lector que saboree este libro quedará gratamente sorprendido si no conoce la anterior obra de Pereira; y más satisfecho, si ya la conoce. Es la cita de cada año con el lector -una docena de libros suyos andan en las librerías y bibliotecas-. Y por algo será.